

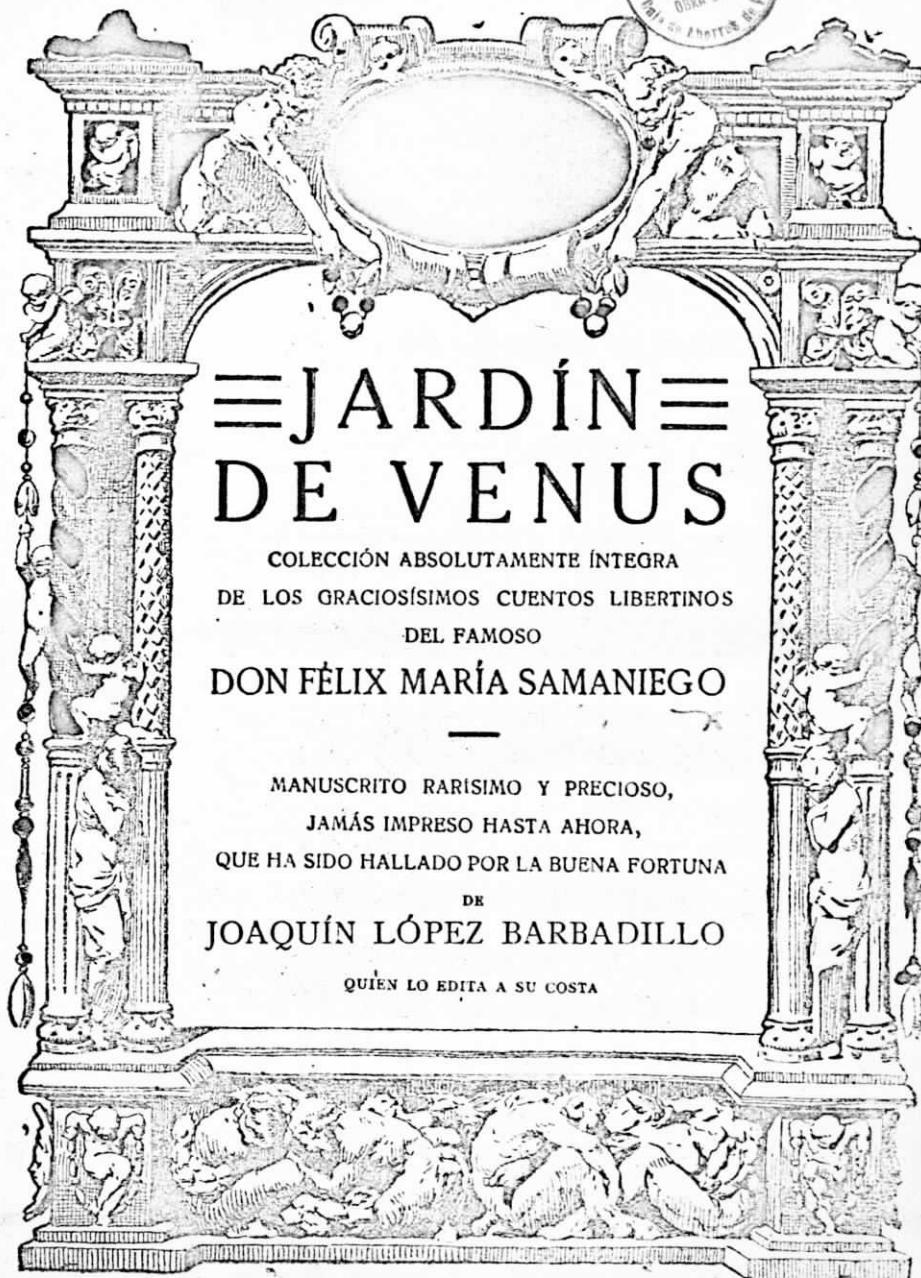
N. - 14719

= Se han tirado de este volumen, =
===== exclusivamente =====
===== reservado a los suscriptores, =====
50 ejemplares en papel registro
===== y =====
300 ejemplares en papel pluma

La transcripción, corrección y refundición de esta obra es propiedad de D. Joaquín López Barbadillo. Derechos registrados. Copyright by Joaquín López Barbadillo, 1921



BIBLIOTECA DE LÓPEZ BARBADILLO Y SUS AMIGOS.—ADMINISTRACIÓN: CALLE DEL BARQUILLO, NÚM. 1.—TELÉF. M. 47-96.—MADRID



EDICIÓN ILUSTRADA CON UN DESCONOCIDO RETRATO DEL AUTOR

MEMORIAS
DE AMÉRICA

POSTURA

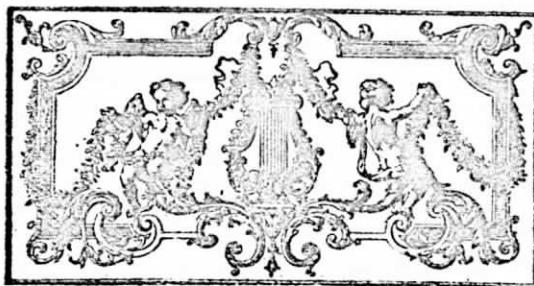


OLTRANDE TACOS Y TACAS

DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO



Retrato inédito, de autor desconocido, que se conserva en la Biblioteca Nacional.



NOTA PRELIMINAR

IBAMOS a los Picos de Europa. Mediaba ya septiembre. Llovía mucho y nos hubimos de quedar en Espinama, al pie de los pelados montes de epopeya, a la espera de que quisiera el sol romper un día las nubes para permitirnos subir. Es este lugar de Espinama el más humilde, el más abrupto y el más bello que quepa imaginar. Perdido en un rincón de España que es a la vez Cantabria, Asturias y León, se llega allí por caminos de cabras, dejando atrás Congarma, Beares, Baró, San Pelayo, Camaleño, Cosgaya, al lento y temeroso andar de los caba-

llos, que hay que descabalgar a veces y llevar de la brida, por miedo de caer, ginete en ellos, a lo profundo de algún barranco. Tierras de frío, de sombra, de leyenda y silencio; ni aun se oye el piar de un pájaro; quizás de cuando en cuando, al atajar leguas y leguas por el Monte Oscuro, sentís un repentino crujir de matorrales como si un oso fugitivo los desgajase en su torpe carrera. Tan solamente, siempre, en lo hondo de su cauce, inacabable grieta abierta en la montaña por el hacha de Dios, va el Deva repitiendo su murmullo pausado, cual los versos iguales y monótonos de algún romance viejo.

Es domingo, y entramos a misa en Espinama. El pueblecito entero, unas noventa o cien personas, se ha congregado a cumplir el precepto en la pobre iglesuca, sobre cuya espadaña pendan, mustias y desgarradas por la lluvia, unas azules banderitas de papel con que se engalanara para recibir al obispo de León, que en estos días anda por la montaña como un prelado recio y apostólico de los tiempos antiguos, montado en su hacanea tradicional y mansa, haciendo la visita pastoral. El templo es humildísimo: un exiguo rectángulo, presidido por un retablo

mísero, bello en su tosquedad aldeana, y, en las dos paredes fronteras, dos altarcitos más. Por no sabemos qué excepción de la liturgia, el cura, aunque es domingo, lleva casulla negra. Es un ancianito muy seco, muy enjuto, todo serenidad y sencillez, que da la sensación de haber nacido allí, de haber vivido siglos y siglos arraigado a aquel suelo; con la faz ocre, de color de tierra, y la cabeza llena de nieve de los Picos. Cuando llegamos, ha acabado la Epístola y, vuelto hacia el concurso atento y rudo, hace pausadamente, con verbo familiar y vacilante, la plática dominical:

—Esto, ya digo, es porque no tenéis temor de Dios... El demonio, ya digo, está siempre al acecho...

Sigue la misa, que canta el buen párroco y que contesta el pueblo a coro. En el presbiterio, a ambos lados, tres filas de blandones envían, diluida, hasta los pies del templo, una tenue luz fantasmal. Sobre las gradas del altar mayor están arrodillados los niños lugareños; llenan las mujerucas el centro de la nave, y al fondo, tras la pila bautismal, los hombres se amontonan en la estrecha tarima que viene a ser el coro. Nosotros,

temerosos de que nuestra profanidad turbe el sosiego de la santa misa, nos hemos acercado a un banco que hay cerca de la puerta y nos arrodillamos junto a él. Es un antiguo banco, de esos macizos bancos de nogal, nobles reliquias del puro arte español, sobrecargados de pasmosas tallas de grifos, angelotes, rosetones y cruces florecidas, lo mismo en el respaldo que en el arcón que les sirve de asiento. La belleza del mueble venerable nos atrae aun más que el mismo emotivo espectáculo de aquel austero rito popular, ingenuo y primitivo. El mohoso herraje de la cerradura está falso de aldaba, y nos tienta el misterio del arcón. Primero con astucia de chiquillos traviesos y curiosos, después con osadía de casi bandoleros, levantamos la tapa un poquitín, luego un poquitín más, una vez, varias veces... Vemos difícilmente entre las semitinieblas del recinto. El arcón está lleno de libros, de papeles...

En esto, ha concluido la misa. El viejo párroco de la cabeza blanca ha bendecido en el altar mayor un ancho plato de madera lleno de pedazos de pan. Un grave hombre del pueblo, alto y enjuto, a modo de seglar preste o mayor-

domo, va presentando el plato a cada circunstante y brindándole el pan simbólico y fraternal. Cada cual toma un trozo. El mayordomo se acerca a nosotros también. Y ha debido de ver nuestra maniobra, porque al par que nos tiende la rústica bandeja, nos habla llanamente:

—¿Le gustan los papeles viejos, señor?

—No, no, señor... Sí... Es decir, era sólo curiosidad...—tartamudeamos, azorados.

—Luego, si quiere, los verá. Usted es el que vino antyer de Potes a los Picos, ¿no?

Es amigo del guía, de aquel montañés viejo de Tresviso, ágil como un rebeco, que va a llevarnos a las cumbres peladas y que en las monterías regias de otro tiempo le hablaba de tú al rey Alfonso XII. Por el guía sabe a qué hemos ido allí.

Y cuando sóñolientos, callados y cansinos, calzándose en el atrio los zuecos que al penetrar dejaron apareados en la puerta, por no turbar con su chocleo el respeto de la casa de Dios, van saliendo de ella los pobres feligreses, me conduce el hombre a trabarme en grata y campechana plática con el venerable pastor. Hablamos de aquel mundo sosegado y perdido en

medio de los montes; de aquella iglesia patriarcal y bucólica; de mi curiosidad por el arcón, los libros, los papeles...

—Ah, sí, hijo mío, los papeles, los libros... ¿Gusta de eso?... Tómese los que quiera. Llévelos todos, si por esas veredas quiere y puede llevarlos... Algo curioso hay. Siglos tienen algunos... Toda la vida se estuvieron ahí. Sesenta años, ya digo, habrá que los conozco, cuando vine a la iglesia. Algo tomé yo de ellos. El *Manual de confesores*, de Martín de Azpilcueta... Un sermonario de San Juan Crisóstomo... Y no es que la elocuencia de la sagrada cátedra, ya digo, sea de mucho provecho en estas zahurdas... *Margaritas*, ya digo, *margaritas ad porcos*... ¡Pobres hijitos míos!... Vea, vea lo que le place... Ahí había de perderse, puesto a que la polilla acabe de horadarlo y lo coman ratones. Allá anda todo abierto y sin cuidado de hurtos, que por acá, ya digo, no hay quien sepa leer.

Y el mismo bendito varón encendió un candelerío de la sacristía lóbrega y guió hacia la iglesia. Mucho más glotón que ratones y polillas, revolviendo afanoso legajos y volúmenes, devoraba yo nombres, epígrafes y fechas a la luz

de la vela que el mayordomo había tomado al cura bondadoso. Y él proseguía con su voz feble y paternal:

—Algo bueno hay. Todavía la vejez, que me llevó la vista y no me deja hojearlos, no me ha borrado la clara memoria... Recuerdo de una relación manuscrita de la conquista de Nueva Granada... Y una declaración del *Cantar de los Cantares*, por Fray Luis de León... Y cosas de mundanidad y pasatiempo, muy gustosas de leer. Había un libro... un librillo... manuscrito también, de Samaniego... ¡Jesús, no quiero recordar!... «Cuentos burlescos», dice... «Jardín de...», dicho sea con perdón, «Jardín de Venus». Cuentos endemoniados, cuentos empecatados, hijo mío; pero de diablejos alegres y graciosos; pecadillos veniales; picardía, chiste y zumba, cosa española rancia; pecadillos veniales que hacen sonreír, ya digo, a Dios nuestro Señor.

La rebusca era ardua y se quedó para el día venidero. Aunque en él brilló el sol, podían más en nosotros las ansias de bibliófilos que el amortiguado ardorimiento de alpinistas. Fué sacado el arcón al atrio de la iglesia. El viejo guía, ojeador de rebecos del Rey Alfonso XII, decíanos

impaciente, señalando a lo alto, hacia los montes:

—Oye, tú: ¿pero no imos?

Y poco a poco, desenterrados de polvo y miseria, fueron naciendo nuevamente a la luz infolios, mamotretos ilegibles, volúmenes latinos, ejecutorias miniadas y bellas, comidas de humedad. Y entre ello asomó al fin su faz el pícaro del cónclave: era un rollo de quince cuadernillos de a doce hojas, las tres últimas blancas y todas sin coser, en amarillento papel, letra apretada y clara y tinta desvaída, cuya cubierta decía de este modo: *Jardín de Venus.—Cuentos burlescos de Don Félix María Samaniego.—Escrívolos en el Seminario de Vergara de Álava por los años de 1780 y tienen burlas de frayles y monjas y mucho chiste y regocijo. Este autor lo es de las Fábulas literarias, natural de la villa de La Guardia en Guipúzcoa y señor de las cinco villas del valle de Arraya. Es propiedad de José de Bulnes, vecino de Potes, año 1792.*

Ávidamente cogimos un pliego y empezamos a leer. Leíanos en voz alta, entre pausas de risa. Era una vena saltarina, fresca, de gracia a chotros, de ingenio a raudales, ¡pero de qué maldi-

tos temas, santo Dios! Al cabo, ante una frase más gorda y más redonda, hicimos una pausa, y nos quedamos un poco perplejos mirando la cabeza nevada del buen cura. Y el buen cura nos dijo:

—Ya, ya, hijo mío... Comprendo... No sigue el cuento, por buenos respetos... Miramientos, ya digo, al ministerio y a la edad. Pero llévelo, llévese el librillo si gusta, y huélguese por su mundo con él; que, aunque es cosa ligera, no sólo a gente moza, sino a los hombres juiciosos y graves les puede divertir. Que no tiene el «Jardín» flores venenosas, sino tufillo algo fuerte y picante de clavo y de pimienta y olor de alegre humanidad. Un ratillo de risa, que aparta el ánimo de otras cosas peores. No hay, hijo mío, ningún pecado gordo que se cometa riéndose, ya digo. Mientras está uno riéndose no queda pensamiento para ofender a Dios.

Alborozado como un muchacho ante el soñado juguete de Reyes, guardéme el rancio manuscrito. Era una copia, clara y primorosa, única sin disputa, íntegra por milagro en los sueltos cuadernillos, de los famosos *Cuentos* del esclarecido don Félix Samaniego, de que sola-

mente se hallaban algunos esparcidos acá y acullá en viejos cartapacios y que no conocía nadie en su total conjunto. Hallazgo inestimable, porque es fama que, en la hora de su muerte, el regocijado varón mandó que los quemases. No sabía que un buen cura, un cura viejecito, sencillo y evangélico, purificado por la viva llama de la virtud y de la fe en las cimas de unos riscos que están tocando el cielo, iba a tener para ellos, corridos ya cien años, la indulgente sonrisa de Dios nuestro Señor para los pecadillos veniales.

Y a otro domingo, al tornar a Espinama después que habían sido ellos en la montaraz soledad de aquellos Picos mi alegre compañía, quise satisfacer cumplidamente, como su albacea y legatario inesperado, lo que aún tuviese que purgar el alma de don Félix. Por excepción en la pompa litúrgica, el ancianito volvió a revestirse con la casulla negra aquel día del Señor; la misa aldeana fué misa de *Requiem*; tres filas de blandones iluminaron suavemente el templo; los hombres en el coro, las mujerucas en la humilde nave, los puros chiquitines arrodillados en las gradas del altar, elevaron a Dios sus almas

primitivas, rezando por don Félix sin saberlo. Y yo, que había de ser divulgador de su picardía leve por este mundo pícaro, quise también hacer, honrado y precavido, la paga adelantada de mi culpa venial, y, como cada rústico vecino del lugar hacia un domingo, ofrendé a la iglesia un gran pan. Y el pan se partió en trozos y les fué dado a todos, simbólico y fraterno: vida, alegría y salud.

JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO.

ADVERTENCIA

De los cuarenta y siete cuentos que constituyen el JARDÍN DE VENUS, hemos juzgado innecesario imprimir aquí nueve, a saber: *La peregrinación*—*Las bendiciones de aumento*—*Las penitencias calculadas*—*Las gollerías*—*El miedo de las tormentas*—*El panadizo*—*Los calzones de San Francisco*—*El matrimonio incierto* y *La pulga*. Los nueve andaban ya desperdigados por diferentes libros de poesías de este género, y los conocen ya nuestros lectores por haber sido recogidos en el CANCIÓNERO DE AMOR Y DE RISA, de esta Biblioteca. ¿A qué incurrir en la repetición?

La transcripción de la presente obra se ha hecho

siguiendo exactamente el orden y la ortografía, un tanto caprichosa, del manuscrito de que está sacada. Positivamente, éste, aun siendo muy cuidada copia de las poesías originales, adolecía de *lapsus* que con un poco de buen sentido se echaban bien de ver: alteraciones indudables de palabras; consonantes perdidos; versos largos y cortos, que de seguro no hizo así Samaniego, y hasta falta de algunos, que se podían adivinar y reconstituir con lógicas probabilidades de aproximarse al texto primitivo. Tuvimos, pues, que realizar, con el escrupulo y el respeto en que a nadie cedemos, un ahincado trabajo de expurgo y aun de *refundición*, como se dice ahora. Si no hemos acertado en él completamente, atenúe nuestra culpa la buena voluntad.



JARDÍN DE VENUS CUENTOS BURLESCOS DE DON FÉLIX MA- RÍA SAMANIEGO

Escrivíos en
el Seminario de Vergara de Álava por los años
de 1780 y tienen burlas de frayles y monjas y
mucho chiste y regocijo. Este autor lo es de las
Fábulas literarias, natural de la villa de La Guar-
dia en Guipúzcoa y señor de las cinco villas del
valle de Arraya.

Es propiedad de José de Bulnes, vecino de Potes,
año 1792.



EL PAÍS DE AFLOXA Y APRIETA

En lo interior del África buscaba
un joven viagero
cierto pueblo en que a todos se hospedaba
sin que diesen dinero;
y con esta noticia que tenía,
se dexó atrás un día
su equipage y criado.
y, yendo apresurado,
sediento y caluroso,
llegó a un bosque frondoso
de palmas, cuyas sendas mal holladas
sus pasos condujeron
al pie de unas murallas elevadas
donde sus ojos con placer leyeron,
en diversos idiomas esculpido,

un rótulo que hacía este sentido:

*Esta es la capital de Siempre-meta,
país de afloxa y aprieta,
donde de valde goza y se mantiene
todo el que a sus costumbres se conviene.*

—¡He aquí mi tierra! —dijo el viandante
luego que esto leyó, y en el instante
buscó y halló la puerta
de par en par abierta.

Por ella se coló precipitado
y vióse rodeado.

no de salvajes fieros,
sino de muchos jóvenes en cueros,
con los aquéllos tiesos y fornidos,
armados de unos chuzos bien lucidos.

los cuales le agarraron
y a su gobernador le presentaron.
Estaba el tal, con un semblante adusto,
como ellos en pelota; era robusto
y en la erección continua que mostraba
a todos los demás sobrepujaba.

Luego que en su presencia
estuvo el viandante,
mandó le desnudasen, lo primero,
y que con diligencia

le mirasen las partes genitales,
que hallaron de tamaño garrafales.
La verga estaba tiesta y consistente,
pues como había visto tanta gente
con el vigor que da Naturaleza,
también el pobre enarbóló su pieza.
Como el gobernador en tal estado
le halló, díxole: —Joven extranjero,

te encuentro bien armado

y muy en breve espero
que aumentarás la población inquieta
de nuestra capital de Siempre-meta;
mas antes sabe que es el heroísmo

de sus hijos valientes

vivir en un perpetuo priapismo,
gozando mil mugeres diferentes;
y si cumplir no puedes su costumbre,
vete, o te espiones a una pesadumbre.—

—¡Oh! Yo la dexaré desempeñada
(el joven respondió) si me permite
que en alguna belleza me exerceite.

Ya veis que está exaltada
mi potencia, y yo quiero
al instante jo...—

—¡Basta! Lo primero

(dijo el gobernador a sus ministros).
se apuntará su nombre en los registros
de nuestra población; después, llevadle
donde se bañe; luego, perfumadle;
después, que cene quanto se le antoje,
y después enviadle quien le afloje.—

Dijo, y obedecieron
y al joven como nuevo le pusieron,
lavado y perfumado,
bien bebido y cenado
de modo que en la cama, al acostarse,
tan sólo panza arriba pudo echarse.
Así se hallaba, cuando a darle ayuda
una beldad desnuda
llegó, y subió a su lecho;
la qual, para dexarle satisfecho,
sin que necesitase estimularlo,
con diez desagués consiguió aflojarlo.

Habiendo así cumplido
las órdenes, se fué y dexó dormido
al joven, que a muy poco despertaron
y el almuerzo a la cama le llevaron,
presentándole luego otra hermosura
que le hiciese segunda aflojadura.
Ésta, que halló ya lánguida la parte,

apuró los recursos de su arte
con rápidos meneos
para que contentase sus deseos,
y él, ya de media anqueta, ya debajo,
tres veces aflojó, ¡con qué trabajo!
No hallándole más jugo
ella se fué quexosa,
y otra entró de refresco más hermosa,
que, aunque al joven le plugo
por su perfección rara,
no tuvo nada ya que le aflovara.

Sentida del desayre,
ésta empezó a dar gritos, y no al ayre,
porque el gobernador entró al momento
y, al ver del joven el aflojamiento,
dijo en tono furioso:
—¡Hola! Que apríten a ese perezoso.—
Al punto tres negrazos de Guinea
vinieron, de estatura gigantea,
y al joven sujetaron,
y uno en pos de otro a fuerza le apretaron
por el ojo fruncido,
cuyo virgo dexaron destruido.

Así, pues, desfondado,
creyéndole bastante castigado

de su presunción vana,
en la misma mañana,
sacándole al camino,
le dexaron llorar su desatino,
sin poderse mover. Allí tirado
le encontró su criado,
el qual le preguntó si hallado había
el pueblo en que de valde se comía.
—¡Ah, sí, y hallarlo fué mi desventura!—
el amo respondió.

—Pues ¿qué aventura
(el mozo replicó) le ha sucedido,
que está tan afligido?
En esa buena tierra
no puede ser que así le maltrataran.—
—Mil deleytes (el amo dixo) encierra
y, aunque estoy desplegado, yo lo fundo
en que si como aflojan no apretaran,
mejor país no habría en todo el mundo.



LOS GOZOS DE LOS ELEGIDOS

Iba un guardia de corps, lector amado,
a más de media noche apresurado
a su cuartel y, al revolver la esquina
de la calle vecina,
oyó que de una casa ceceaban
y que, abriendo la puerta, le llamaban.
Determinó acercarse
porque era voz de femenil persona
la que el lance ocasiona,
y sin dudar, a tiento,
de uno en otro aposento,
callado y sin candil, dexó guirarse
hasta que, al parecer, llegó la dama
donde estaba la cama

y le dixo: —Desnúdate, bien mío,
y acostémonos pronto, que hace frío.—

El guardia la obedece
metiéndose en el lecho que le ofrece,
cuyo calor benéfico al momento
le templa el instrumento,
y mucho más sintiendo los abrazos
con que en amantes lazos
la dama que le entona
espresiva y traviesa le aprisiona.

Entonces, atrevido,
intentó la camisa remangarla
y rijoso montarla;
mas quedó sorprendido
al ver que ella obstinada resistía
la amorosa porsía,
y que, si la dexaba,
también de su abandono se quejaba,
hasta que al fin salió de confusiones
oyendo de la dama estas razones:

—¿Cómo te has olvidado
del modo con que habemos disfrutado
siempre de los placeres celestiales?

—Los deleytes carnales
pudiera yo gustar inicuamente

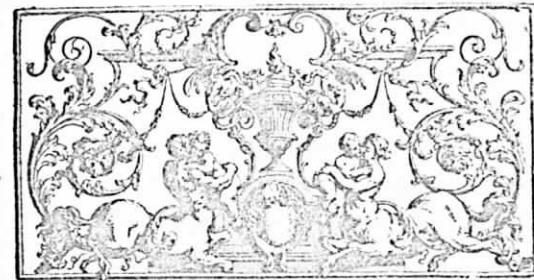
quando mi confesor honestamente
sabes que me ha instruido
de cómo gozar debe el elegido
sin que sea pecado?

¡Pues bien que te has holgado
conmigo en ocasiones
sin faltar a tan puras instrucciones!—
El guardia, deseando le instruyera
en lo que eran delicias celestiales,
dexó que dispusiera
la dama de sus partes naturales;
y halló que su pureza consistía
en que el varonil miembro introducía
dentro de su natura
por cierta industriosísima abertura
que, sin que la camisa se levante,
daba paso bastante
(como agujero para frayles hecho)
a qualquier recio miembro de provecho.

Con tal púdico modo
logró meter el guardia el suyo todo,
gozando a la mujer más cosquillosa
y a la más santamente luxuriosa.

Mientras los empujones,
ella usaba de raras expresiones,

diciendo: —¡Ay, gloria pura!
 ¡Oh celestial ventura!
 ¡Deleytes de mi amor apetecidos!
 ¡Ay, goces de los fieles elegidos!—
 El guardia, que la oía
 y a su pesar la risa contenía,
 dixo: —Por fin, señora,
 no he malgastado el tiempo, pues ahora
 me son ya conocidos
 los goces de los fieles elegidos.—
 Al escuchar la dama estas razones,
 desconoció la voz que las decía;
 mas, como en los postreros apretones
 entorpecer la acción no convenía,
 esclamó: —¡Ay, qué vergüenza! ¡Un hombre extraño...!
 ¡No te pares...! ¿Se ha visto tal engaño...?
 ¡Ángel del paraíso...! ¡Qué placeres...!
 ¡Ay, métemelo bien, seas quien fueres!



LAS ENTRADAS DE TORTUGA

Estaba una señora desahuciada
 de esa fiebre malvada
 que, sin ser, según dicen, pestilente,
 se lleva al otro lado mucha gente.
 Sus criados y amigos la asistían
 con celo cuidadoso
 pues por tonto tenían
 de la dama al esposo
 y, así, de su dolencia
 nunca le confiaron la asistencia.
 Llególe, al parecer, la última hora
 a la pobre señora;

tragéronla, muy listos,
agonizantes cristos,
y de la sepultura
la eterna llave con la Sacra Untura.
Después que bien la untaron
y a su placer los frayles la gritaron,
a media noche túvola por muerta
el médico, y dispuso
deshacer del todo abierta
la alcoba de la enferma, según uso,
y que, ya sin cuidados,
se acostaran amigos y criados.
Fuérонse todos a dormir bien pronto;
y luego que esto vió el marido tonto,
quedito entró en el cuarto de su esposa,
que nunca más hermosa
le pareció que entonces, porque hacía
un mes que por su mal no la veía.
Mirándola los pechos,
que a torno parecían estar hechos,
y el ojal del encanto,
en que pecara un santo,
dixo:—¿Se ha de comer esto la tierra
sin más ni más? ¡Ah calentura perra!
Llévese entre respondos y rosarios

toda la retención de mis monarios.—
Dicho y hecho: de un brinco
montó, enristró, y al golpe, con ahinco
quedó, sin que más quepa,
clavada en su terreno aquella cepa.
¡Vive Dios que producen maravillas
del masculino impulso las cosquillas,
según se prueba en el siguiente caso!;
porque, lector, al paso
que el marido empujaba,
su muger se animaba,
y, quando sintió el fuego
del prolífico riego,
abrió los ojos, medio suspirando,
y abrazó a quien la estaba culeando.
Entonces las culadas prosiguieron
hasta el día; y los dos las suspendieron
porque entraron las gentes
de la enferma asistentes
en el cuarto, y, hallándola sentada,
en brazos de su esposo reclinada,
se admiraron, y —¡Milagro!— repitiendo,
van a llamar al médico corriendo.
Éste, luego que vino,
la tomó el pulso y dixo:—Yo no atino

qué es lo que la habrán dado,
que así se ha mejorado—;
y el marido, que en tanto se reía,
dijo:—Señor doctor, será obra mía,
porque, así que dexaron a mi esposa
los presentes, entré yo con mi cosa
tiesa, como la tiene el que madruga,
y la dí cinco entradas de tortuga.—

—¡Bravo! (el médico esclama);
ya comprendo la cura. ¿Y... por qué llama
con tan extraño nombre
la genital operación del hombre?—

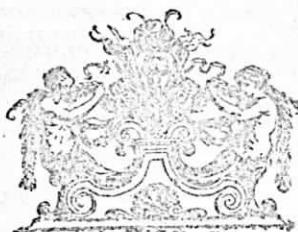
—¡Toma! (el tonto replica);
es un modo de hablar que significa...
¡zas!... soplarlo de golpe hasta lo hondo,
cual las tortugas... ¡zas!... se van al fondo.

Pero, si está mal hecho...—
—No (el médico le dice); has acertado,
pues tus entradas son de tal provecho
que a tu pobre muger vida la han dado.—

Así que esto oyó el tonto,
echó a llorar de pronto,
y el doctor, que el motivo no alcanzaba,
le preguntó qué pena le apuraba.

—¡Ay! (respondió afligido);

que el dolor me lo arruga.
¡Si yo hubiera sabido
que las tales entradas de tortuga
daban vida de cierto,
nunca mis padres se me hubieran muerto!





EL RECONOCIMIENTO

Una abadesa, en Córdova, ignoraba
que en su convento introducido estaba
bajo el velo sagrado
un mancebo, de monja disfrazado;
que, el tunante, dormía,
para estar más caliente,
cada noche con monja diferente,
y que ellas lo callaban
porque a todas sus fiestas agradaban,
de modo que era el gallo
de aquel santo y purísimo serrallo.

Las cosas más ocultas
mil veces las descubren las resultas
y esto acaeció con las cuytadas monjas,

porque, perdiendo el uso sus esponjas,
se fueron opilando
y de humor masculino el vientre hinchando.
Hizo reparo en ello por delante
su confesor, gilito penetrante,
por su grande esperiencia en el asunto,
y, conociendo al punto
que estaban fecundadas
las esposas a Cristo consagradas,
mandó que a toda priesa
bajase al locutorio la abadesa.
Ésta acudió al mandato
por otra vieja monja conducida,
pues la vista perdida
tenía ya del flato,
y al verla, el reverendo,
con un tono tremendo,
la dixo: —¿Cómo así tan descuidada,
sor Telesfora, tiene abandonada
su tropa virginal?; pero mal dije,
pues ya ninguna tiene intacto el díge.

—¿No sabe que, en su daño,
hay obra de varón en su rebaño?
Las novicias, las monjas, las criadas...
—Lo diré, sí: todas están preñadas.—

—*Miserere mei, Domine!* (responde sor Telesfora). —En dónde estar podremos de parir seguras, si no bastan clausuras?

Váyase, padre, luego, que yo hallaré al autor de tan vil juego entre las monjas. Voy a convocarlas y con mi propio dedo a registrarlas.—

El confesor marchóse; subió sor Telesfora, y publicóse al punto en el convento de las monjas el reconocimiento. Ellas, en tanto, buscan presurosas al joven, y llorosas el secreto le cuentan y el temor que por él experimentan.

—*Vaya! No hay que encogerse* (él dice). Todo puede componerse, porque todas estáis de poco tiempo. Yo me ataré un cordel en la pelleja que cubre mi caudal quando está floxo; veréis que me le cojo detrás; junto las piernas, y la vieja cegata, estando atado a la cintura, no puede tropezar con mi armadura.—



Se adoptó el expediente, se practicó, y las monjas le llevaron al coro, donde hallaron la abadesa impaciente culpando la tardanza. En fin, para esta danza en dos filas las puso, las gafas pone en uso y, una vela tomando encendida, las iba remangando. Una por una, el dedo las metía y después—*No hay engendro*—repetía.

El mancebo miraba lo que sor Telesfora destapaba, y se le iba estirando el bulto, y el torzal casi estallando; de modo que, tocándole la suerte de ser reconocido, dió un estirón tan fuerte que el torzal consabido se rompió y soltó al preso al tiempo que lo espeso del bosque la abadesa le alumbraba; y así, quando para esto se baxaba, en la nariz llevó tal latigazo

que al terrible porrazo
la vela, la abadesa y los anteojos
en el suelo quedaron por despojos.

—¡San Abundio me valga!
(ella esclamó). ¡Ninguna de aquí salga,
pues ya, bien a mi costa,
reconozco que hay moros en la costa!—

Mientras la levantaron
al mancebo ocultaron
y en su lugar pusieron
otra monja, la falda remangada,
que, siendo preguntada
de con qué a la abadesa el golpe dieron,
la respondió:—Habrá sido
con mi abanico, que se me ha caído.—

A que la vieja replicó furiosa:

—¡Mentira! ¡En otra cosa
podrán papilla darme,
pero no en el olfato han de engañarme,
que yo le olí muy bien cuando hizo el daño,
y era un dánosle hoy de buen tamaño!



EL PIÑÓN

Compró un turco robusto
dos jóvenes esclavos, que un adusto
argelino vendía.
Los llevó a la mazmorra en que tenía
otros muchos cautivos,
y, cerrando la puerta,
detrás de ella a escuchar se quedó alerta
los modos expresivos
con que los más antiguos consolaban
a los recién venidos que allí entraban.
Eran un andaluz y un castellano,
y el que hablaba con ellos italiano,
que dixo en voz de tiple, muy doliente,
a los nuevos llegados lo siguiente:

—Compagni sventurati al par che cari,
i vostri affani amarli
io voglio consolar: nostro padrone
è un turco di bonissima intenzione,
pietoso cogli schiavi che la guerra
riduce al suo servizio;
solmente li destina per l'uffizio
che si costuma là, nella mia terra,
strapazzando l'occhio del riposo
col suo membro, che è troppo lungo e grosso.—

—Compayre (el andaluz dixo temblando),

¿qué me está uzté jablando?
 ¿Conque ha dado eze perro en eza maña
 que en Italia ze eztila? ¡Ay, pobrecito
 de mí, dezfondacao en tierra eztraña!

¡Yo, que tengo un ojito
 lo mezmo que un piñón! ¡Zerá baztante
 pa rezguardarle ezte calzón de ante?—
 Iba a darle respuesta el italiano,
 pero el turco inhumano
 gritó entonces: —¡No haber ante que valga!
 ¡El ojo de piñón al ayre salga!—

Al punto, cuatro moros,
 sin atender las quexas ni los lloros,
 afuera le sacaron

y a su señor por fuerza le llevaron.
 En tanto que él la operación sufría,
 el italiano al otro le decía:

—Giovinetto garbato,
anche tu sia al momento preparato
a soffrir del padron membruto e siero
il colpo assalitor dell'occhio nero,
perchè di bianca faccia o color bruno
il turco buzzarron non lascia alcuno.—

El fuerte castellano con arrojo
 la argolla de un cerrojo
 arrancó de una puerta al oir esto,
 y, habiéndosela puesto
 de su gran nalgatorio en la angostura,
 pudo con tal diablura
 guardar el centro y pliegues del cortorno,
 y el ataque esperó con este adorno.
 Pasada media hora, allí trageron
 al andaluz lloroso y derregado,
 y al castellano hicieron

ir a dar gusto al turco bien armado.
 Éste al momento en cuatro pies le pone,
 los calzones le baxa y se dispone
 a profanarle; le unta con aceyte,
 para obviar el camino del deleyte,

aquel globo cerdoso
 fondo en color de cardenillo oscuro,
 y, potente y rijoso,
 no quiere dilatar el choque impuro.
 Consideré el lector, aunque yo callo,
 qué magnitud tendría
 lo que sacó, criado en un serrallo
 sin sugención de bragas ni alcancía,
 y después se figure allá en su mente
 que esta mole indecente,
 enfilando la argolla en la trasera,
 quedó como ratón en ratonera.
 Por sacarlo se agita,
 empuja, hace desguinces, y al fin grita
 para que en su trabajo
 no le guillotinasen por abajo.
 El castellano, astuto, se endereza,
 tirando de la argolla con presteza
 por que no se la viesen
 los que en favor del turco allí viniesen;
 pero esto fué de un modo tan violento
 que le quitó el turbante al instrumento.
 Quedó por el dolor amortecido
 el turco en la estacada,
 y el castellano, habiendo conseguido

ver la Naturaleza así vengada,
 mientras al desgorrado socorrián
 los moros que acudían,
 a la prisión volvióse,
 en donde a poco tiempo divulgóse
 su valerosa hazaña.

Y el italiano preguntóle ansioso:

—*Ma dicas; ¿che cucagna
l'a salvato del caso periglioso?*—

Y el andaluz decía:

—¡Qué piñón tendrá uzté tan duro, hermano,
 quando pudo jazer tal jechuria!—

A lo que respondióle el castellano:

—Tengo para ese perro,
 no un piñón natural, sino de hierro.





EL CONJURO

De un tremebundo lego acompañado,
fué a exorcizar un padre jubilado
a una joven hermosa y desgraciada
que del Maligno estaba atormentada.

Empezó su conjuro
y el Espíritu impuro,
haciendo resistencia,
agitaba a la joven con violencia
obligándola a tales contorsiones,
que la infeliz mostraba en ocasiones
las partes de su cuerpo más secretas:
ya descubría las redondas tetas
de brillante blancura,
ya, alzando la delgada vestidura,

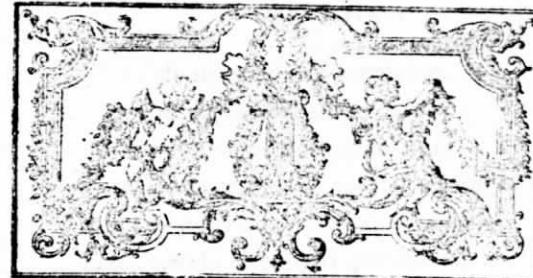
manifestaba un bosque bien poblado
de crespo vello en hebras mil rizado
a cuyo centro daba colorido
un breve ojal, de rosas guarnecido.
El lego, que miraba tal belleza,
sentía novedad grande en su pieza,
y el frayle, que lo mismo recelaba,
con los ojos cerrados conjuraba

hasta que al fin, cansado
de haber a la doncella exorcizado
dos horas vanamente,
para que sosegase la paciente
y él volviese con fuerzas a su empleo,
al campo salió un rato de paseo,
diciendo al lego hiciera compañía
a la doncella en tanto que él volvía.

Fuése, pues, y el donado,
de luxuria inflamado,
apenas quedó solo con la hermosa
quando, esgrimiendo su terrible cosa,
sin temor de que estaba
el Diablo en aquel cuerpo que atacaba,
la tendió y por tres veces la introduxo
de sus riñones el ardiente fluxo.
Mientras que así se holgaba el lego diestro,

a la casa volviendo su maestro,
 vió que en la barandilla
 de la escalera, puesto en la perilla,
 estaba encaramado
 el Diablo, confundido y asustado,
 y díxole riendo;
 —¡Hola, parece que saliste huyendo
 del cuerpo en que te hallabas mal seguro,
 por no sufrir dos veces mi conjuro!

Yo me alegro infinito;
 mas, ¿qué esperas aquí? ¡Dilo, maldito!—
 —Espero (dijo el diablo, sofocado)
 que sepas que tú no me has espulsado
 de esa pobre muger por conjurarme,
 sino tu lego, que intentó amolarme
 con su tercia de dura culebrina,
 buscándome el ojete en su vagina,
 y pensé: ¡Guarda, Pablo!
 Propio es de lego motilón ladino
 que no respete virgo femenino.
 ¡Pero que dexe con el suyo al Diablo!



EL LORO Y LA COTORRA

Tenía una doncella muy bonita,
 llamada Mariquita,
 un viejo consejero
 que en ella por entero,
 quando se alborotaba
 su cansada persona, desaguaba
 con tal circunspección y tal paciencia
 como si a un pleyto diese la sentencia.
 Era de este señor el escribiente
 un mozuelo entre frayles educado,
 como ellos suelen ser, rabicaliente,
 rollizo y bien armado,
 que, quando el consejero fuera estaba,
 a doña Mariquita consolaba.

Sucedió, pues, que un día
la consoló en su cuarto, donde había
en jaulas diferentes
un loro camastrón, cuyo despejo
todo lo comprendía por ser viejo,
y una joven cotorra muy parlera,
que la conversación de los sirvientes
oyeron, la qual fué de esta manera:

—¿Te gusta, Mariquita?

—Sí, mucho, mucho; estoy muy contentita.

—¿Entra bien de este modo?

—Sí, mi escribiente... ¡Métemelo todo!

—Pues menéate más..., que estoy perdido.

—Y yo... Que viene... ¡Ay, Dios...! ¡Que ya ha venido!

Con efecto, llegaba el consejero

en aquel mismo instante,

y apenas su escribiente marrullero
dexó regado el campo de su amante,
cuando, con la ganilla que traía,
al mismo cuarto entró su señoría.

Quitóse en él la toga,

dióse en la parte floxa un manoteo,
y a la que su materia desahoga
manifestó su lúngido deseo.

Ella, puesta debaxo

de un modo conveniente,
se acordó en su trabajo
del natural vigor del escribiente,
y empezó a respingar con tal salero
que por poco desmonta al consejero.
Éste, viendo el peligro que corría,
dijo: —Basta... ¿Qué hacéis, doña María?
¡Guardé más ceremonia con mi taco,
o por vida del rey que se lo saco!—

—De veros, el contento

(replicó la taymada)

me hace tener tan fuerte movimiento.

¡Perdón!—

—Sí (dijo el viejo); perdonada
estás, si es que te alegra mi llegada.—
La cotorra, que aquello estaba oyendo,
dijo entonces, sus alas sacudiendo:

—Lorito, contentita

está la Mariquita.—

A que respondió el loro prontamente:

—Si se lo metió todo el escribiente!



EL VOTO DE LOS BENITOS

Un convento exemplar benedictino
a grave aflicción vino
porque en él se soltó con ciega furia
el demonio tenaz de la luxuria,
de modo que en tres pies continuamente
estaba aquel rebaño penitente.
Al principio, callando con prudencia,
hacía cada monge la experiencia
de sugetar con mortificaciones
las fuertes tentaciones.

No se omitió silicio,
ayuno, penitencia ni ejercicio,
mas fueron vanas medicinas tales;
que, irritadas las partes genitales,

JARDÍN DE VENUS

45

el demonio carnal más las apura,
dando a más penitencia más tiesura.
Supo el caso el abad, quien, aturdido
del feroz priápismo referido,
a capítulo un día
llamó a la bien armada fraylería
y, después de entonado
el himno acostumbrado,
a cada qual, con humildad profunda,
pidió su parecer, por que se hallase
un medio que cortase
en la comunidad tal baraúnda.

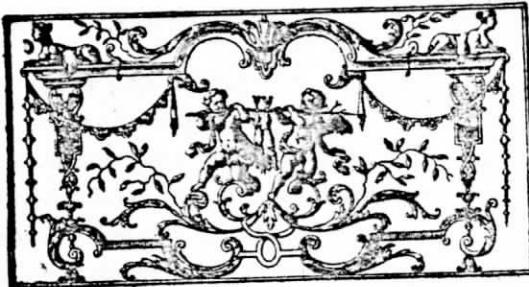
Los monges del convento
poltronamente estaban en su asiento
discutiendo los modos diferentes
de alexar con remedios convenientes
el bullidor tumulto
que a cada frayle le abultaba el bullo.
Viendo lo executado vanamente
hasta el caso presente,
los sapientes y místicos varones
con santidad y ciencia propusieron
diversas opiniones,
pero en ninguna dieron
que a propósito fuese

para que luego la erección cediese.
 En esta confusión, con reverencia,
 pidió el portero para hablar licencia.
 El portero (no importa aquí su nombre)
 era un legazo de tan gran renombre
 que, después de rascarse aquéllo a solas,
 hubo vez de jugar diez carambolas.
 —Hable—clamó el abad. Y él, humillado,
 dixo:—Dios sea loado,
 que a mí, vil gusanillo, ha concedido
 lo que a Sus Reverencias no ha querido.
 Yo un tiempo tentaciones padecía,
 mas, por fortuna mía,
 hallé un remedio facil y gustoso
 con que al cuerpo y al alma doy reposo.—
 —¿Y qué es?—preguntaron, admirados,
 a una voz los benitos congregados.
 —Padres (dijo el portero),
 tengo una lavandera, cuyo esmero,
 cuando a traerme viene
 ropa con que me mude,
 tanto cuidado tiene
 de limpiarme de manchas esteriores
 como de las materias interiores,
 y a este fin de tal modo me sacude

que en toda la semana
 no se alborota más mi tramontana.—
 Luego que oyó el abad y el consistorio
 el medio tan sencillo y tan notorio
 de obviar las tentaciones,
 decretaron los ínclitos varones
 que un voto, de común consentimiento,
 se añadiese en las reglas del convento,
 por el qual no pudiera
 frayle alguno vivir sin lavandera.

El abad, con presteza,
 dexó al punto aquel voto establecido
 y a los monges, alzando la cabeza,
 dixo:—El Señor, hermanos, nos ha oído,
 quando remedia así nuestras desgracias.
 Cantemos, pues: *Agimus tibi gratias.*





EL CABO DE VELA

Salió muy de mañana
a oir misa en la iglesia más cercana
una vieja ochentona
de vista intercadente y voz temblona.
A la del Hospital se dirigía
porque junto vivía,
llevando, por no haber amanecido,
de una vela encendido
el cabo en su linterna,
cosa bien útil, aunque no moderna.
Dexémosla que siga su camino
y vamos a contar lo que el destino
le tenía guardado. El día antes
los mozos practicantes

JARDÍN DE VENUS

49

del Hospital, cortaron con destreza,
en la disecación, la enorme pieza
de un soldado difunto
y, para mantenerla en todo el punto
de su hermoso tamaño,
con un cañón de estaño
la llenaron de viento;
en seguida el pellejo al instrumento
con un torzal ataron
al corte, y como nuevo le dexaron.

Jugaron luego al mingo
con él, y cada qual daba un respingo
quando se lo tiraban
los unos a los otros que allí estaban,
siendo de tal diablura
objeto su grandísima tiesura.

Después que se cansaron,
a la calle arrojaron
de su fiesta el prolífico instrumento;
y aquí vuelve mi cuento
a buscar a la vieja, que con prisa
por la calle pasó para ir a misa.
No precisa el autor de aquesta historia
si tropezó en la tiesa caniloria
o en otra cosa; pero sí nos dice